

Círculo Rojo

Los saharauis
Y
el Sahara Occidental

De los orígenes al 2018

Joaquín Portillo

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: diciembre 2019

Depósito legal: AL-2565-2017

ISBN: 978-84-9183-296-6
Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Joaquín Portillo Pasqual del Riquelme
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo
© Foto de cubierta: el autor con tres compañeros saharauis. Agüenit 1964

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.

- *A mi padre, exjefe de Estado Mayor del Sahara y exjefe del Grupo Ligero Blindado del Tercio Alejandro Farnesio, IV de la Legión, con base en Edchera. Él me enseñó a amar y a respetar a los saharauis.*

- *A mi madre, que mantuvo siempre su apoyo a la lucha de los saharauis en defensa de sus derechos nacionales.*

- *A mis hermanos M.ª Dolores, M.ª Isabel, Luis, Amparo, M.ª del Carmen y Germán, que compartieron en Aaiún y Villa Cisneros los estudios de bachillerato con sus compañeros saharauis y siempre apoyaron a sus compañeros de Instituto.*

- *A mis amigos Ahmed Caíd Salah, Ahmed Bujari, "Chocolate" y muchos otros, con quienes tanto quería.*

- *Al resto de mis numerosos compañeros, amigos y combatientes saharauis.*

- *A los patriotas saharauis caídos en el campo del honor, y a los perseguidos, torturados o encarcelados aún por la ignominiosa represión de los ocupantes.*

- *A los españoles que comprendieron, apoyaron y aún sostienen la justa causa del pueblo saharaui.*

- *A los que, españoles o no, todavía ignoran la historia y los derechos que asisten al noble pueblo saharaui.*

A Isabel, Alexa, Lara, Matilda y Manuela

Sistema de transcripción

El sistema de trancripción que utilizamos en este trabajo no corresponde a ninguno de los que suelen emplear en los medios especializados. Tratandose de una obra en lengua española y dirigida a lectores en esta lengua, hemos procurado transcribir los numerosos términos originalmente escritos en lenguas y/o dialectos árabes, según sus significados fonéticos, tratando siempre de obtener la mejor comprensión por parte del lector. Pese a ello, en todo momento intentamos huir de la arbitrariedad aunque hemos de reconocer que, en ocasiones, las grafías varían, pero solo en función de la lengua vehicular de origen en la que hemos hallado el manuscrito original. En todo caso, para los nombres y términos usuales originalmente transcritos en lengua española, hemos conservado la misma ortografía. En otros casos, mantenemos las ortografías españolizadas que encontramos en origen pero que varían con el paso del tiempo, ya que la propia ortografía nos da cuenta del momento, incluso del siglo, al que nos estamos refiriendo. Esto es particularmente observable en términos como Marruecos, Marrakush, Marraquech, etc. Para las regiones del Sahara Occidental mantenemos en general las grafías castellanizadas tradicionales, y lo mismo para los nombres saharauis.

Abreviaciones utilizadas

BNE Biblioteca Nacional de España
EI Encyclopédie de l'Islam
AGAE Archivo General de la Administración del Estado
AHM Archivo Histórico Militar

ÍNDICE

PRÓLOGO A LA PRESENTE EDICIÓN 17

INTRODUCCION (en la edición primera) 19
1 – QUÉ ES EL SAHARA 21

PRIMERA PARTE. HISTORIA DE LOS SAHARAUIS

1. – QUIENES FUERON LOS SAHARAUIS 25
1– Antecedentes históricos de su entorno 27
2. – La costa Oriental. Sabeos y bereberes Zanata. 33
3.–El Imperio de Ghana 37
4. – El Islam y la arabización 41
5. – Los Almorávides 45
Situación del mundo islámico. 45
Al Norte del Sahara 46
Al Sur del Sahara 49
Al–Ándalus 53
La irrupción Almohade 53
NOTAS 59

II. – QUIENES SON LOS SAHARAUIS (durante la colonización española) 73
1. – Cuál es la base física del pueblo saharaui 77
2. – La organización social saharaui 81
3.– Tribus saharauis. – Los Chorfa 87
Erguibat 87
Arosien 88
Ulad Bu Sbaa 88
Tubalt 89
Filala 90
4–.El Ahel Chej Ma El Ainin y la Fadiliyya. 93
Las Cofradías religiosas del Sudán occidental: La Isma'îliyya 93
Los Ismailíes en el Sudán 96
Las Cofradías del Sufismo sunní 100
La Fadiliyya 103
5. – Tribus Arab, Sinhaya, Zenegas 105
Los Suaia 107
Los Zenegas 108
6. – Estructura de los estados del Sahara Occidental: Tribus, Confederaciones y Emiratos 111
Tekna 111

Emiratos, Auker mauritano y Adrar Tamar. – La Char Bubba 114
7. – Cuál era la organización política de los saharauis 119
NOTAS 123

III. – LOS PAISES VECINOS 133
1.–Sudán 135
Arguin 138
Senegal 140
2. – Las salinas de Tegaza y el Sultanato de Marruecos 145
3.–España, Canarias, y el Sahara Occidental 153
NOTAS 163

SEGUNDA PARTE. CRÓNICA DE LA AGRESION COLONIAL

I. – LA MODERNIDAD 171
1. – París esboza Mauritania. Carlos III y el Africa Atlántica. 171
Una guerra de Carlos III en Africa 175
El Arabismo impulsado por Carlos III 177

II. – LOS INTERESES QUE CONVERGERAN EN EL SAHARA OCCIDENTAL 183
1. – El nuevo orden político de Occidente 183
2. – Interés comercial 187
Los náufragos en el Sahara 190
El Cuarto Militar de Alfonso XII 192
3. – Interés pesquero 193
Compañías pesqueras y algo más 194
Alarmas que se utilizan 199
4. – Interés científico 203
Exploraciones en el Sahara Occidental 205
Los exploradores fortuitos 205
Exploraciones oficiales 208
5. – Exploraciones españolas; Interés militar y político. 215
La Real Sociedad Geográfica 218
Los exploradores españoles 220
Encuentros con un saharaui: Habib ben Beiruc 221
NOTAS 227

III. – EL ACCESO DE ESPAÑA A LOS TERRITORIOS DEL SAHARA 237
1. – Madrid prepara la gran decisión 237
2. – Factores y elementos de la decisión española 239
La amenaza norteamericana y las presiones europeas 239
3. – Cuales son las motivaciones de los saharauis para aceptar la presencia de España y la firma de Convenios. 247
Intereses económicos de los saharauis para firmar con Bonelli. 251
4. – La fiebre de los pactos 253
5. – Las condiciones de las alianzas de los saharauis con los españoles. 257
Cuando Tarfaya estuvo a punto de ser belga 260
6. – Factores de la decisión saharaui de pactar con España 263
NOTAS 267

IV. – LA AGRESION COLONIAL 271
1. – Comportamiento de España ante los pactos 271
2. – El comportamiento saharaui ante los compromisos contraídos con España 277
3. – Crónica colonial 281
1) –. 1884–1903 281
2). 1904–1913 286
El Noroeste de Africa 288
3) 1914–1917. – Primera Guerra Mundial 296
4) 1918–1960 297
En tiempos de la Guerra Fría (1947-1991) 311
La nueva política 317
4. – Cuándo, cómo y por qué se produce la ruptura definitiva entre saharauis y españoles 325
¿Cuál es el escenario de la capital política y administrativa del Sahara Occidental en 1970? 329
En el Exilio 337
Cronología y contextualización de los hechos 338
NOTAS 397

BIBLIOGRAFIA GENERAL 401

FUENTES INEDITAS 419

LÁMINAS

El Gran Sahara, pág. 23

Testimonios, pág. 324

La invasión marroquí, pág. 396

Mirad mucho en que todos los alárabes y moros que estuvieran en nuestra obediencia sean mirados y tratados en todas las cosas como a nuestros vasallos, y que no les sea hecho mal ni maltratamiento alguno

Isabel de Castilla 1499
(Isabel La Católica)

Nuestra estrategia debe ser: ayudar indirectamente a una empresa española, que sea la que gestione la concesión del territorio útil. Conceder a esa empresa el usufructo de la concesión por noventa años o un intervalo razonable, y el Estado, cuando el desarrollo de la colonia lo consienta y aconseje y con el acuerdo de los habitantes, intervenir con sus fuerzas para la ocupación definitiva.

Pedro de la Puente Olea,
Capitán de fragata,
Informe al ministro de Marina.
Rio de Oro 1882

La conjura anti occidental inspirada por el Bloque comunista se ha desarrollado peligrosamente en África donde los agitadores, bajo la bandera del islam, le facilitan el camino. El Ejército de liberación marroquí, instrumento del imperialismo del que Al-lal el Fassi es el profeta, no ha dudado en atacar Ifni, territorio español, mientras que, en colusión estrecha con los rebeldes, lleva la lucha contra Francia en Argelia; simultáneamente y en todo Marruecos, los partidos extremistas acrecen su influencia"

Charles Bourgund
General Gobernador del AOF
Arenga a los oficiales españoles
San Luis de Senegal 1957

Prólogo a la presente edición

La elaboración de esta Historia de los Saharauis [1] fue terminada en 1991 como tesis doctoral en la Facultad de Ciencias de la Información (Periodismo III) de la Universidad Complutense de Madrid, y su puesta a disposición del público, por los servicios de reproducción de la Universidad, se consumó diez años después, cuando podía pensarse que la devolución de los territorios del Sahara Occidental a sus legítimos propietarios por parte del ocupante marroquí podía ya estar próxima en el tiempo.

Obviamente, hoy sabemos que no fue así. Ni los ocupantes ni sus cómplices cumplieron las resoluciones, promesas y compromisos contraídos con la Organización de las Naciones Unidas (ONU). Mientras la otra parte, el pueblo saharaui, representado por el Frente POLISARIO, cumplía y respetaba el acuerdo de paz firmado en 1991 con Marruecos tras la cruel guerra que los había enfrentado desde finales de 1975, una vez consumada la brutal invasión por las fuerzas armadas ocupantes.

Hoy sabemos que las cosas no han variado en sustancia, que los sucesivos gobiernos de España se han negado a encarar y a resolver la cuestión, cuando es público y notorio que el Estado español sigue siendo, para la ONU y el Derecho Internacional, el responsable, la Potencia Administradora legal de un territorio colonial, el del Sahara Occidental, cuya descolonización depende exclusivamente de una decisión del gobierno de Madrid.

El otro cómplice del ocupante marroquí, la República Francesa, heredera de la Francia revolucionaria cuya Declaración Universal de los Derechos del Hombre y del Ciudadano había dejado páginas de gloria en la Historia, tampoco ha movido un dedo; salvo para apoyar una y otra vez la invasión militar perpetrada por Rabat.

Entretanto, al otro lado de un cobarde muro de separación, reforzado con atalayas defensivas y campos de minas sembrados por los ocupantes marroquíes, los refugiados saharauis sobreviven con la esperanza de que un día la verdad y la justicia se abrirán paso entre tanta inmundicia y les serán devueltos sus territorios nacionales.

Es así como el Sahara Occidental se ha convertido, por obra del indefendible comportamiento de las potencias cómplices, en un auténtico desafío para el Nuevo Orden que los vencedores establecieron al termino de la Segunda Guerra mundial. La incapacidad de las democracias europeas para defender su propio ordenamiento jurídico y la impreparación de quienes administran en los Estados Unidos de Norteamérica para asumir dignamente el liderazgo mundial, así parecen atestiguarlo.

Estas circunstancias vienen espoleando en todo el mundo el ansia de conocimiento, tanto en torno al Sahara Occidental como sobre la historia de sus auténticos propietarios. La incesante demanda de esta Historia de los Saharauis a través de las redes no ha cesado desde el primer día.

[1] La versión original puede encontrarse y descargarse a través de internet sin coste alguno tecleando en el buscador "Historia de los saharauis y crónica".

De ahí esta nueva edición, ahora en soporte físico, aun a sabiendas de que el autor, en tanto que periodista profesional y no historiador, ha tratado de salvar carencias e imprescindibles actualizaciones que el tiempo exige. De ello, estoy seguro, se ocuparán ya los propios profesionales de la información e historiadores saharauis.

El Autor
Madrid, mayo de 2019

INTRODUCCION (en la edición primera)

El trabajo que presentamos a continuación tiene por objeto principal el de transmitir información precisa y fiable, en base a la cual el lector pueda formar su opinión y extraer sus propias y personales conclusiones.. En este caso, además, se añade el deseo de divulgar, ampliar conocimientos y estimular la curiosidad en torno a cuestiones y acontecimientos que han sido y son trascendentales para un pueblo entero, el saharaui, así como para la historia de España, de Europa y del Mundo.

Durante más de medio siglo el autor recogió materiales informativos que tuvieran relación con el muy amplío asunto del Sahara Occidental. Convivió con los saharauis durante largos periodos, entre los años 1959 y 1964, recorrió sus territorios en la casi totalidad de su extensión, incluyendo las comarcas fronterizas de las actuales Argelia y Mauritania y más tarde (1978-1980), visitó detenidamente los países circundantes: Marruecos, Argelia y Mauritania, tomando contacto con las poblaciones saharauis diseminadas, unas a consecuencia de las iniciales agresiones(1900-1958) y otras después de la denominada Marcha Verde con la consecutiva ocupación militar por los ejércitos de Marruecos y de Mauritania (1975-1976).

Previamente, el autor había asistido personalmente, en el Vredespaleis de La Haya, al proceso jurídico que tuvo lugar ante el Tribunal Internacional de Justicia, (1975), y había entablado allí contacto tanto con los jueces como con los representantes nacionales respectivos, accediendo a la totalidad de la documentación informativa pública que los Gobiernos pusieron a disposición del Alto Tribunal.

Tales conocimientos, acumulados, pudo todavía completarlos con la valiosa documentación inédita que custodiaban los archivos del Palacio Real de Bruselas, del Ministerio de Defensa de Francia, en París, y de los National Archives de los Estados Unidos, en Washington.

En España, pudimos acceder a la copiosa documentación, igualmente inédita, que custodiaban, muchas veces sin la esperable ordenación, la Biblioteca Nacional de Madrid, el Archivo Histórico Militar, el Palacio Real, el ARCHIVO GENERAL DE SIMANCAS, el Ministerio de Asuntos Exteriores y la Real Academia de la Historia.

Un sinfín de publicaciones, cuya bibliografía se incluye al final, han fundado sustancial apoyo para muchos puntos de engarce, así como para crear las marcas generales en las que, a través de la Historia, se desarrolla la acción que condujo a la situación actual.

El apoyo solidario, las facilidades logísticas y la generosidad de amigos, conservadores, bibliotecarios, traductores y amanuenses, se han aliado con los propios resistentes saharauis, los auténticos protagonistas de esta historia, para con su perseverante y ejemplar combate impulsar de modo permanente nuestra humilde labor.

Madrid 1998

El Autor

1 – QUÉ ES EL SAHARA

El Sahara es un desierto de África, el mayor del mundo, que se sitúa en torno al Trópico de Cáncer. Tiene unos 9,2 millones de kilómetros cuadrados, poco menos que Canadá o los Estados Unidos pero más que Brasil, que Australia o 18 veces la extensión de España. Su geografía va desde el Mediterráneo y la cordillera del Atlas por el Norte, hasta el Sahel por el Sur, el Océano Atlántico por el Oeste y el Mar Rojo por el Este; con la sola interrupción del feraz Valle del Nilo en su extremo oriental. No obstante, en la práctica, se reserva el nombre de Sáhara a la parte occidental de esta vastísima región. Las dos partes contiguas al Valle del Nilo reciben, respectivamente, los sobrenombres de Líbico, el del Centro, y de Arábigo el comprendido entre el Nilo y la costa del Mar Rojo y entre esta y el Golfo Pérsico. El resto de los territorios han sido engullidos y reciben los nombres de Estados que fueron creados por, o a consecuencia del colonialismo

Políticamente y tras las sucesivas parcelaciones a cargo del sistema colonial de los estados europeos, el Gran Sáhara quedó distribuido entre Marruecos, Argelia, Túnez, Libia, Egipto, Sahara Occidental, Mauritania, Mali, Níger, Chad y Sudán. El hallazgo de petróleo, gas natural, hierro, titanio, cobre, uranio, fosfatos y otros recursos naturales de alto valor estratégico, acentuaron la importancia económica, su despedazamiento por los colonialistas y el interés del expansionismo europeo por la explotación de esos recursos.

En todo caso hemos de matizar: solo una porción de las comarcas occidentales de esa inmensa región, corresponde al Sahara Occidental, al país que fue colonia española bajo el nombre de "Sahara español", que comprendía una franja de unos 1.200 kilómetros de costa atlántica, formada por la excolonia de Río de Oro, al Sur, junto a Mauritania, y la región de Saguia al–Hamra (Acequia Roja) al Norte, junto a Marruecos y a la frontera occidental de Argelia. En total, unos 266.000 kilómetros cuadrados, lo que representa más de la mitad de la España peninsular.

Porque cuando esa zona, de tan exigua extensión si la comparamos con los millones de kilómetros del Gran desierto, dejase de ser colonia española, tanto los saharauis, sus legítimos propietarios, como el Tribunal Internacional de La Haya y la misma ONU decidirían llamarla "Sahara Occidental", para distinguirla del Gran Sahara propiamente dicho, cuyas partes aledañas habían sido absorbidas dentro de las fronteras de otras naciones, inventadas unas (Mauritania) y ampliadas otras (Argelia, Marruecos), según el criterio de los imperiales colonialistas; franceses en este caso.

En realidad, el diseño último del mapa político de Africa había sido realizado por las potencias europeas durante los siglos XIX y XX. Y resultó, ciertamente, un auténtico compendio de osadías y de innumerables crueldades. El Sudán, por ejemplo, desapareció bajo la garra colonial. El antiguo Sudán, que debía su nombre a los árabes, Bilád as–Sudán (País de los Negros), se extendía, en el centro Norte de África desde el Atlántico hasta el Mar Rojo, nombrándose Sahel (orilla o ribera, en árabe) la zona esteparia que, a su Norte, servía de franja de transición entre el vacío (Sáhara en árabe) y é1. En su lugar los colonialistas franceses inventarían Mauritania, formada en más de su mitad Norte por territorios que hubieran debido pertenecer al actual Sahara Occidental. A esa Mauritania, la Francia colonialista le adjudicó, ante la bobalicona mirada de los negociadores españoles, una superficie de 1.030.700 kilómetros cuadrados. Mali, asimismo con su mitad Norte extraída también del Sahara Occidental, resultó con una extensión de 1.239.710 kilómetros cuadrados.

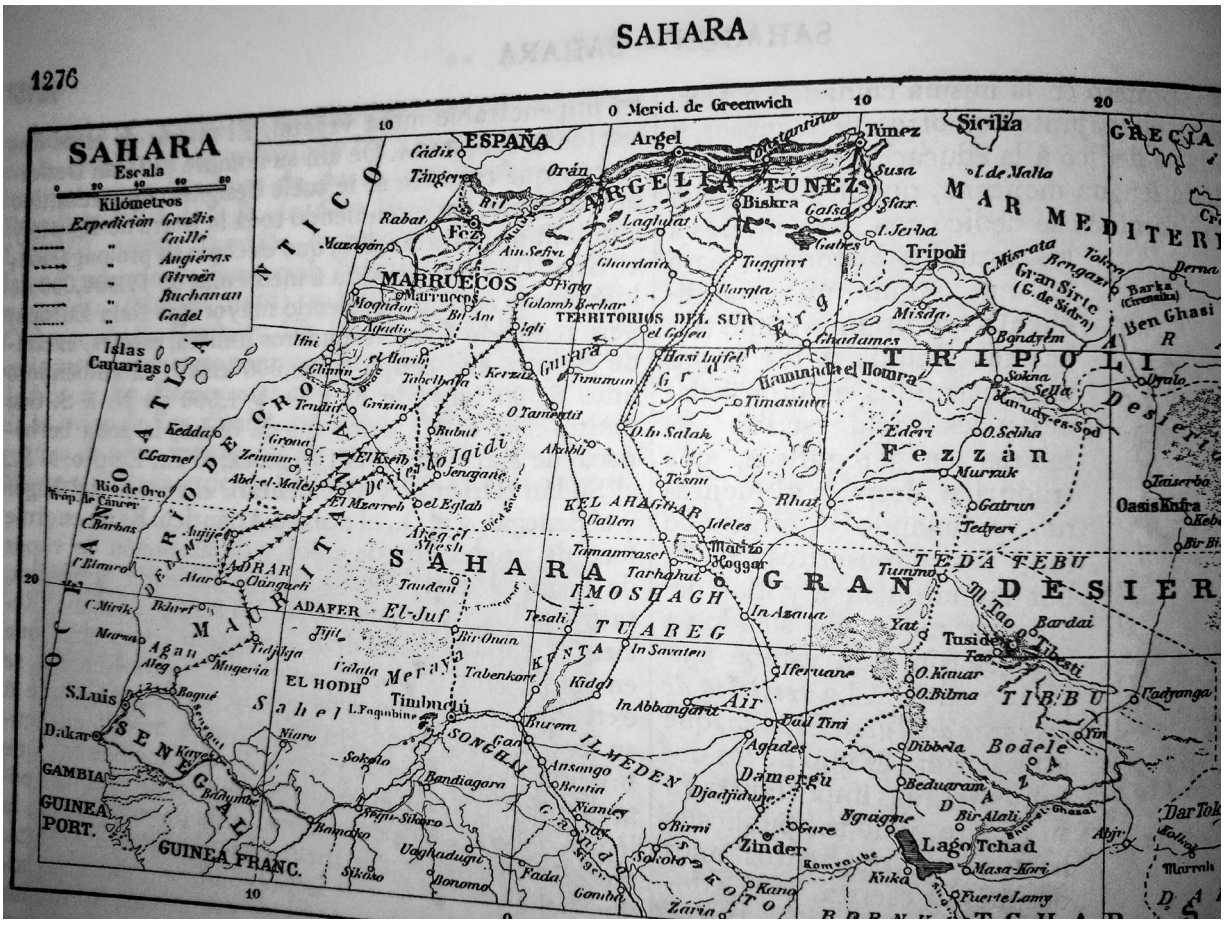
Las fronteras de las otras naciones de la zona fueron perfiladas igualmente por el expansivo colonialismo europeo pero exclusivamente en función de las facilidades que ofrecía su penetración para el comercio a través de los ríos que desembocaban en el Atlantico. Es decir, en torno a sus respectivos ríos homónimos: Senegal, compactado dentro de una superficie de 196.192 kilómetros cuadrados; la franja de Gambia, con 11.295 kilómetros cuadrados; el gran Níger, con 1.267.000 y Alto Volta (hoy Burkina Faso) en torno a los 274.200. Mientras el lago Chad originaba en las mentalidades colonialistas la idea de una superficie de 1.284.000 kilómetros cuadrados.

Dispuestas así las cosas, el nuevo Sudán quedaría eliminado de lo que iba a llamarse AOF (Africa Occidental Francesa), y el Sudán actual pasaría a llamarse "anglo egipcio" antes de ser renombrado Sudán para más recientemente, ser partido en dos: del Norte y del Sur. Reaparecido por tanto al otro extremo del continente, donde antiguamente se había ubicado Nubia, junto al Mar Rojo, con Egipto al Norte y Etiopía al Este, una superficie de 2.505.813 kilómetros cuadrados.

En cuanto al Sahara Occidental, con sus comarcas de Saguia el-Hamra y Río de Oro, quedaba finalmente mermado en función de los intereses del colonialismo español (sector pesquero e industrias conexas) que canjearía los derechos sobre el interlan (Conferencia de Berlin) por una larga franja de costa; todo ello con el mayor desinterés por los habitantes. Así, el "Sahara español" quedaría limitado al Este por una descomunal Argelia cuyas fronteras los generales franceses extenderían hasta enlazar con sus colonias del Senegal y Mali, al tiempo que componían Mauritania. Y, al Norte, el propio colonialismo español sería el que le restase los territorios de Ifni y todos los comprendidos entre la margen izquierda del Río Draa y el paralelo 27º40" ¡la línea imaginaria de un paralelo! Territorios en los cuales la Segunda República española había plantado la bandera a petición de los saharauis y que la España del general Franco entregaría a Marruecos para refrenar las ansias del sultán Hassan II, reforzar la estabilidad interna de Marruecos, acallar reivindicaciones sobre Ceuta y Melilla y ganar algún prestigio internacional, prestigio del que el régimen dictatorial vigente entonces en España no andaba sobrado.

La historia del Sahara Occidental se trocaba así en la crónica de una supervivencia, la de sus habitantes autóctonos, que se autodenominan saharauis para, entre otras cosas, preservar su identidad y la de su reducto nacional contra un total expolio, similar al que han sufrido el resto de sus tierras. Denominarse "simplemente" saharaui es, al mismo tiempo, una auténtica lección de humildad y de... dignidad. Implica nada menos que la voluntad deliberada de asumir toda la responsabilidad de un legado histórico, de una cultura y una civilización que ningún otro grupo "independizado" del Gran Sáhara ha tenido el coraje de asumir.

PRIMERA PARTE
HISTORIA DE LOS SAHARAUIS



El Gran Sahara

1. – QUIENES FUERON LOS SAHARAUIS

Esta es la historia de un pueblo que fue confiscado con engaños por el feroz colonialismo y al que, cuando le llegó el momento de emanciparse como nación, el propio colonialismo que saqueaba sus pesquerías y yacimientos de fosfato quiso canjearlo; y, atado de pies y manos, lo entregó al siguiente usurpador.

Impedido de pies y manos, en efecto; porque el saharaui era un pueblo acostumbrado y preparado para su propia autodefensa. Sus estirpes guerreras así lo habían hecho siempre. Sin embargo, tras un nuevo y definitivo ardid, el arrendatario, español en esta ocasión, le impuso el desarme, con la añagaza de que, llegado el caso, el ejército español se obligaría a defenderlo con sus propias armas.

Intentar el relato de la vida de una persona tiene sus riesgos porque las personas somos poliedros y porque hoy día nuestra libertad particular es considerada asunto privado. Escribir el relato de un pueblo implica otras maneras. Un pueblo es una comunidad de personas que conviven de modo organizado en un territorio preciso. En el caso de los saharuis su devenir es tanto o más rico que el de otros pueblos, dadas sus enormes capacidades para permanecer en perenne oscilación a través de sus tradicionales trashumancias y modos de vida.

Terminada la Segunda Guerra mundial, con la derrota de los aliados del franquismo (Hitler y Musolini), el régimen político que a través de la cruenta guerra civil se había impuesto en España trató de amigarse con los que habían resultado vencedores en la Gran Guerra. Y lo intentó a través de un giro estratégico en sus relaciones internacionales que, de todos modos, permanecían sometidas al bloqueo internacional. Por medio del estado Vaticano, el general Franco terminó por acceder a las pretensiones de los Estados Unidos de Norteamérica que, en plena Guerra Fria(1947-85), iban a obtener del franquismo bases militares, aéreas y navales en la plataforma geoestratégica que formaba el territorio español, a cambio del desbloqueo internacional para el régimen franquista.

Al margen de ello, poco después, desde la Asamblea de la ONU comenzarían a soplar los vientos de la descolonización, y los aliados europeos tendrían que tomar medidas para proceder a emancipar las naciones de sus imperios coloniales formados en gran medida a través del "Reparto de África" (1885).

En Madrid comprendieron que, antes o después, también España tendría que proceder a descolonizar los territorios que explotaba en Guinea y en el Sahara Occidental.

Para entonces, eran profusos los estudiosos españoles que habían elaborado informes parciales sobre el Sahara Occidental, sus recursos y sus habitantes. El régimen del general Franco comprendió que no eran suficientes para la ONU y contrató a un antropólogo que estudiaba en la universidad de Oxford, Julio Caro Baroja, sobrino del escritor, Pío Baroja. Julio Caro hizo acopio de cuantiosos materiales documentados que el régimen franquista se ocuparía de dar a la publicidad bajo el título de "Estudios Saharianos" (1965). Lo hizo el antropólogo, como él mismo dejaría apuntado, por encargo expreso del régimen político, que se disponía así para afrontar el reto ante la asamblea neoyorquina de la ONU.

Para entonces, las fuerzas españolas ya habían procedido al desarme general de los saharauis y a la suplantación gubernativa, igualmente forzosa, de los sistemas fiscales autóctonos

por el régimen fiscal español. En ambos casos, con la coartada de que el Estado español se hacía cargo tanto de la defensa armada de los territorios y de sus habitantes como de la justa administración de la hacienda común del pueblo saharaui.

1– Antecedentes históricos de su entorno

África había sido la cuna de la Humanidad, pero el mundo entero lo había descubierto cuando antropólogos y paleontólogos comenzaron a investigarla. Tras el hallazgo en África Oriental del Proconsul Africanus (25 millones de años a.C.), considerado el más antiguo intermediario entre los primates pre homínidos y el hombre, vino el del Kenyapithecus Wickeri (Kenia), datado en el Mioceno superior (12 millones de años a.C.), periodo de la Era Terciaria.

También correspondieron a Africa los primeros restos codificables de antropomorfos humanoides, hallados en 1924 en el Transvaal (Sudafrica). El antropólogo australiano Raymond Dart denominó a esa especie Australopithecus o del Continente Austral, y el nombre genérico de australepitecinos pasó a identificar a toda la subfamilia y su cultura, desarrolladas ambas en el Paleolítico inferior (la etapa más remota de la Historia de la Humanidad, desde hacía 2,8 millones de años). Más tarde, en el Pleistoceno medio (500.000–l00.000 a.C.), el Homo erectus está representado a través del Atlanthrópus mauritanicus de Ternifine (Argelia) ; el Pitecantropo de Olduvai, o el Africantropo de Africa central (2). Esta cultura de los técnicamente denominados "arcantrópidos" dejó sus numerosos vestigios a lo largo del antiguo Gran Sáhara, del Atlántico al Mar Rojo; en el valle de Kor Abu Anga, cerca de Omdurman (Sudán) ; en el "Adrar Bus" (Níger, Mali, Guinea, Togo, Ghana...)

Durante el Paleolítico Superior (hacía 40.000 años) una serie de cruzamientos entre la primera y segunda glaciación Würm (3), debieron dejar en Afalu-bu-Rummel(Mascára, Argelia) veintiocho esqueletos de caucasoides de tipo Cro-Magnon (4), y en Grimaldi(Mónaco), dos esqueletos de negroides, además de los que se descubrirían en el Piamonte(Italia), Suiza, los Balcanes, China, Indonesia y Malasia. Tanto el hombre de Mechta el–Arbi (Constantina, Argelia), como el de Asselar, en el Tilemsi, (Mali), habrían sido parientes del hombre de Grimaldi. La cultura capsíense (Gafsa, Túnez), donde se hallaron los principales yacimientos, pasó de Túnez al Levante español. Y se consideró que una migración desde España, o desde Palestina, de caucasoides de tipo cromañon, habría originado en Africa el ser bereber.

El Sahara Occidental hubiera requerído por tanto investigaciones prolongadas en busca de su rica prehistoria. Los trabajos que en su día se emprendieron en el área meridional de Río de Oro, desde El Aargub a Ausert, y en el mismo Aaiún (5), se demostraron de una gran riqueza en cuanto al Paleolítico. De modo que esos territorios todavía tendrían que deparar muchas sorpresas cuando se les dedique la debida atención.

Porque, ya dentro del Neolítico (10.000 a.C.), la vida en el Sahara Occidental y más allá, parecio haberse desarrollado con gran pujanza. Los descubrimientos que se hicieron en el Aaiun y Saguia el-Hamra (Sahara Occidental), Adrar Temar y el Tagant (actual Mauritania), Eglab, Hoggar y Tassili (Argelia), Air (actual Mali), Teneré (Niger), Tibesti (Chad), Yebel Uenat (Sudán) y Ennedi (Chad), revelaban que hubo una época en la cual lo que hoy es desierto era entonces tierra fértil, praderas verdes regadas por arroyos, lagos, pantanos, estepas con monte bajo y maleza, y espesos bosques de importante fauna y abundante flora.

Las pinturas rupestres que se han hallado reproducían animales característicos de la estepa y la sabana: antílopes, rinocerontes, búfalos, jirafas, leones, elefantes y avestruces. Se habían encontrado anzuelos, arpones de hueso, puntas de flecha, morteros, piedras talladas y osamentas de animales

que requierían un vasto medio acuático (peces, hipopótamos y cocodrilos) todo lo cual no puede por menos que abonar la idea de que la desecación, que los expertos calculan comenzada a finales del Paleolítico, no debe contemplarse como un sinónimo de quietud histórica en cuyo seno difícilmente se lograba la vida, sino de todo lo contrario.

Los cauces fosilizados de los afluentes del gran río desembocaban en lagos interiores. El sedentarismo llevaba consigo las actividades ganadera y agrícola, con cultivos de cebada, trigo, mijo, sorgo, guisantes, lentejas, cebollas y lino; también de grandes olivos, arganes y tamarindos. Las aldeas y campamentos prehistóricos se levantaban junto a los cursos de agua y los lagos, o en torno a pozos de agua, como en el acantilado de Tichit–Ualata (Mauritania). Hay restos de grandes silos, de tumbas de piedra y fosos circulares, de construcciones con sillares superpuestos sin mortero que los uniera, columnas, pirámides... y, en los macizos montañosos del Hoggar, Tibesti y Tasili N'Ajjer, figuras de arqueros, pastores, pescadores, nadadores, danzarinas, enmascarados que pueden ser magos, y los dibujos de la mano totémica que luego el Islam, al llegar al Norte de Africa, iba a adoptar como la "mano de Fátima".

La cuestión sobre la identidad de los pueblos saharianos, autores de semejantes pinturas polícromas, ha motivado variadas tesis. Algunas del Hoggar, Tibesti y Tasili se sitúan hacia el 17 milenio a.C., en el periodo de los "pastores de bovinos". Y aunque son innegables las influencias negroides de las culturas del Sur, su ser específico inclinó los estudios hacia los bereberes, al tiempo que iba reconstruyéndo el activo papel que habría desempeñado ese pueblo en diversas regiones africanas, desde la remota época de su llegada.

La ignorancia en torno a los bereberes llevó en su día a especulaciones tan peregrinas como las que originaron, por ejemplo, los mistéricos peules. Los exploradores y africanistas europeos los conocían como fulbe y fulani, el mayor pueblo nómada del mundo, pero el nombre de peules parece haber prevalecido. Cuando el explorador y etnólogo francés Henri Lhote estudió algunas pinturas del Tassili, las atribuyó al pueblo peul por la composición de los tipos humanos. Y el enigma de su mestizaje "blanco" condujo a emparentarlos con legiones romanas que se habrían perdido en el desierto y que habrían estado integradas por galos, iranios, gitanos de Bohemia, indos… (6). Después, los estudiosos han simplificdo esas tesis al vincular a los fulani (sing. fulbe) con una rama del grupo etiópico mestizado con bereberes y que, tras sucesivas migraciones por el Sahara, acabó asentándose en el Senegal hacía los siglos VII–VIII de nuestra Era.

La técnica y representación pictórica del arco es tardía en el interior de Africa. Sin embargo, en excavaciones en el Sáhara y al Norte se encontraron arcos que correspondían al Paleolítico superior (35.000 años a.C), anteriores a las pinturas rupestres. La introducción del arco en Europa occidental (7), se ha considerado por tanto de origen africano, llevado a través de España, quizá en el transcurso de una de tantas oleadas migratorias.

Como la que condujo a los pueblos neolíticos norteafricanos a cruzar el estrecho de Gibraltar, hacia el año 4.000 a.C., y a desperdigarse por la Península Ibérica, pasando algunos a las Galias, Germania y Gran Bretaña; mientras otros, por la costa opuesta del Mediterráneo, se establecían en Italia, Grecia y Creta. Los que se internaron por el centro de Europa hasta asentarse en Alemania fueron los integrantes de la llamada "cultura danubiana", con su alfarería de tipo blando, hachas y azadas. Allí se les unieron otros emigrantes que, cruzando el Helesponto (Dardanelos), habían seguido la costa occidental del Mar Negro y las orillas del Danubio y sus afluentes.

Las culturas del Egeo y el estilo cretense se hallaron, a su vez, en las pinturas del Fezzan (Libia), donde los caballos que tiraban de carros estaban dibujados en la peculiar actitud del "galope volador", con las cuatro extremidades extendidas casi en la horizontal del cuerpo, propia del periodo micénico Aqueo (1.400–1.100 a.C.), el pueblo céltico de Europa central que había llevado consigo el hierro manufacturado a los griegos.

El caballo y el carro de combate se supuso que habían sido introducidos en Africa con la penetración de los asiáticos hicsos a través de Egipto (1.674–1.567 a.C., dinastías XV y XVI). En excavaciones realizadas en Nubia, se halló un esqueleto de caballo datado hacia el 1.670 a.C. Su

expansión debió de ser muy rápida en Africa, adquiriendo con el tiempo y los cruzamientos "razas", como después se conocieron: en la región del Nilo, esbeltos percherones, en el Sahara y el Sudán occidental y central la denominada "raza bereber" y, más tarde, la fina y veloz del caballo árabe. Al sur del antiguo imperio de Ghana (750-1068), las crónicas mencionan los caballos de pequeña alzada, que aún se encuentran en Costa de Marfil y en Dahomey. Cierto es que el caballo en manos de los bereberes obró uno de los mayores asombros que la historia del Sahara departió a los investigadores: la travesía del gran desierto en busca del oro del sudan.

Sobre los bereberes y el origen de su nombre se barajaron múltiples teorías. Se los vinculó a los beraberata egipcios, barabia de la Baja Nubia, barbarvri griegos, barban latinos y al sánscrito warwara que significa "proscrito"... Incluso se relacionó con el término árabe "bar" que implica "terreno seco". No obstante, la mayoría se inclinaba por el concepto romano, que calificó de "bárbaro" al resto del mundo no romanizado y que pasó como "bereber" a denominar la raza blanca surgida en Africa con las migraciones cromañonenses y que, en el III milenio a.C. había cruzado el mar hasta las islas Canarias, para entrar en la Historia con el nombre de guanches (8) y, según los autores, con el de vascones.

Aunque todavía no se haya indagado lo suficiente, la historia de les antiguos bereberes, su irrupción en el ciclo de otras civilizaciones, aporta más datos sobre ellos cuando nos trasladamos a la época en que el nombre de Libia servía a los antiguos para denominar a toda Africa. Así, habrían sido bereberes los libios que guerrearon contra los faraones egipcios desde la VI dinastía (2345–2181 a.C.), y los que ocuparon el trono durante toda la dinastía XXII (935–730 a.C.). Un general de las tropas mercenarias libias al servicio de los faraones, el bereber Amasis, destronó al faraón Uahab–Ra, también conocido como Apries, de la dinastía XXVI, atacó Cirene, la más importante de las cinco colonias griegas en la actual Libia, y reinó en Egipto (570–526 a.C.), introduciendo en Sais el culto a una divinidad típica del matriarcado bereber: Neit, diosa de la caza y la fecundidad.

El bereber Necao II (610-595 a.C.) que construiría el primer canal de Suez, contribuiría con ello a modificar en no poco la estructura del comercio a través del Sahara. El anteproyecto del primitivo canal habría sido idea de la reina Hatsepsut (1503–1482 a.C.), y de ahí el nombre de "canal de los faraones", como lo denominaron; y ya seguía el mismo curso del canal actual. Según Heródoto, Necao mandó interrumpir las obras al conocer que aquel trabajo favorecería una invasión de los bárbaros, puesto que "**para los egipcios,** Heródoto (II Euterpe), **todos los que no hablan su lengua eran bárbaros".** Los oráculos no anduvieron desacertados: los persas cayeron sobre Egipto y Darío I (522–486 a.C.) se encargó de terminar las obras del canal y de hacerlo navegable (10).

Bereberes fueron los que estaban en Túnez cuando los fenicios fundaron Cartago (814 a.C.) para hacer de esa ciudad una sede estable del comercio que venían realizando desde España con los africanos que proveían de oro, marfil, estaño y esclavos negros. Atravesando el Sahara en caravanas de carros tirados por bueyes y caballos, los bereberes se adentraban en el Sudán, el Africa de los negros, en busca del oro del Níger y del alto Senegal. Tres eran sus rutas principales: la del Nilo, hacia el Chad y los Grandes Lagos; la del Fezzan, hacia el Chad, el medio Níger (Gao) y el Benué (principal afluente del Níger), y la ruta por el Adrar Tamar (Sahara Occidental), hacia el Senegal y el Níger.

Durante mucho tiempo se dudó de que esto pudiera ser cierto. Pero el oro africano de los fenicios no provenía de la despensa aurífera de los egipcios, el país de Kush (Nubia), sino de las tierras occidentales del Sudán. Y para llegar a ellas, era necesario cruzar el gran Sahara. Rendirse a esa evidencia sólo precisaba que se dejase de "ver" el Sahara como lo es actualmente.

Hacia el año 3.500 a.C. se habría acentuado la desecación en el Gran Desierto. Pero aun así todavía existiría la suficiente estepa, arbolado, corrientes de agua y pozos como para que aquel inmenso territorio siguiera habitado y fuese recorrido con frecuencia.

Los bereberes levantaron ciudades en la costa, en el llano y en la cordillera; eran excelentes ganaderos y agricultores. Las grandes ciudades–estado que describieron las crónicas romanas no habían sido producto del día anterior. En aquel tercer milenio antes de nuestra Era se sucedieren oleadas migratorias que trasladaron poblaciones de Norte a Sur y de Este a Oeste. Y aunque se relacionó

con el avance del desierto, se dudaba en atribuir ese avance a una simple cuestión meteorológica, ya que habría podido contribuir tambien la mano del hombre al desarbolar en exceso y desviar el curso natural de las aguas fluviales para mejor abastecer ganados, cultivos y hasta ciudades (11).

Incluso si se arguía que los fenicios pudieron mantener su comercio de oro a través de la navegación por la costa del Atlántico y el Sahara Occidental, alguien habría tenido que llevar ese oro hasta la costa, a su encuentro. Se excluía que las colonias fenicias en el litoral atlántico llegaran siquiera a la península de Dajla en el actual Sahara Occidental. La misma península que los portugueses llamarían siglos más tarde "Río d'Ouro", cuando en realidad el "Río de oro" de los libio bereberes era el Alto Senegal, después conocido también como "río de los Azenegas"; o de los bereberes Zanata, o de los misteriosos Zanaga de la "tercera raza" de bereberes Sinhaya, según Ibn Jaldun.

Tal vez los portugueses se equivocaron sobre el mapa, al desplazar sus padrones, puntos de referencia, antes de instalarse, en el siglo XV, en las fuentes del oro senegalés. O se equivocaron los demás, al confundir el lugar de la toponimia portuguesa. O, en alguna recóndita memoria, se relacionó a la actual Dajla con un mercado de intercambio de oro. Los fenicios en cualquier caso no dejaron muestras de semejante relato.

Habría que remitirse de nuevo al viejo Heródoto de Halicarnaso y a las monedas púnicas halladas en Mogador, (Lixus, Marruecos) y en el mismo Rio de Oro. Es así como podríamos corroborar que los cartagineses comerciaban con las poblaciones saharauis de la costa atlántica, con los países de la Saguia el-Hamra, del Sus, del Nun y del Draa que había sido el "océano primigenio que rodeaba la Tierra" según los egipcios. Los mismos cartagineses importaban pescado en salazón desde las suculentas costas saharauis a su sede mediterránea de Cartago (actual Túnez). Porque, obviamente, la historia de los inmensos caladeros de peces del Sahara Occidental no empieza en nuestros días…

Esos puntos comerciales les eran conocidos a los fenicios antes del periplo que realizaron (510 a.C.) el almirante Hannon y su hermano Himilcón. En previsión de las importantes negociaciones comerciales que se avecinaban entre Cartago y Roma, hacia el 470 a.C., Cartago envió a su almirante a explorar la costa del Atlántico y a establecer colonias. Llevó consigo sesenta naves, con treinta mil colonos que fue dejando en Thymiatherion, Karinchon, Teijos, Gite, Akra, Melita, Arambys, Lixus y Kerne..., lugares que hay que suponer ubicados a lo largo de las costas de Tanger, Sus, Nun, Draa, Cabo Jubi, Saguia el Hamra, Bojador y Río de Oro (isla de Herne). Parece obvio que en su navegación penetraran en la ría de Dajla hasta la isla de Herne, pero se discute que continuase la navegación hasta sobrepasar Cabo Blanco y luego Cabo Verde para llegar al golfo de Guinea, puesto que los grandes caladeros habían quedado localizados atrás, más al Norte, en el Sahara Occidental y la bahía de Arguín.

Pero los cartagineses, excelente negociadores, no se ocuparon de dar publicidad ninguna al viaje de Hannon. Hubo que esperar al año 146 a.C., y a la toma de Cartago por los romanos, para que el gran historiador griego Polibio (210–128 a.C.) descubriese en los archivos de la biblioteca cartaginesa la crónica del viaje de Hannon. Su lectura llevó al propio Polibio a embarcarse en busca de aquellas colonias; repitió el trayecto aunque sin ir más allá del Cabo Hespérido (Cabo Jubi), donde desembocaba un ramal de la ruta transahariana occidental de los saharauis. Así lo relató, a su vez, Plinio el Mayor (23–79 d.C.) en su Historia Natural (12).

También los griegos quisieron garantizarse el rico comercio con las costas norteafricanas. Para ello fundaron Cirene, al Noreste de la Gran Sirte (Libia). Vigorizada la colonia por los dorios (13), hacia el 575 a.C., se convirtió en un emporio deslumbrante con academias, bibliotecas, palacios y el constante fluir del oro del Sudán a través de las rutas bereberes del Sahara. Durante su estancia en Cirene, Heródoto recogió un antiguo relato sobre cinco bereberes nasamones (nómadas ganaderos de Libia) que habían cruzado el desierto a caballo por el Fezzan, al SurOeste, llegando hasta el curso superior del río Níger. Después habían sido los persas quienes se anexionarían la Cirenaica (desde el golfo de Sirte hasta la frontera con Egipto) en el 515 a.C. y, más tarde, los romanos (74 a.C.) ; añadiendo estos la Tripolitania, en el centro y la Numidia al Oeste (25 a. C.).

La voz "nómada" es otro legado greco–romano que deriva del pueblo bereber de los númidas, en la actual Argelia. Y aunque no todos los nómadas eran númidas ni todos los númidas eran trashumantes, el concepto se aplicó en las crónicas en su sentido peyorativo desde muy pronto. El historiador griego Diodoro de Sicilia (hacia 90 a.C.), se refirió, airado, a grupos bereberes que viajaban de un oasis a otro "**saliendo de improviso del desierto, robando lo que encontraban a su paso, austeros, viviendo sin techo bajo el que cobijarse, ladrones y guerreros, sin rey, sin leyes y sin moral**" (14). Pero los romanos, en general, no fueron tan emocionales. Después de luchar contra el rey númida Yugurta y de ocupar todo el norte de Africa, propusieron el nuevo nombre del continente al nombrar a la región tunecina "provincia Ifriquiyah", del nombre que los árabes daban a la zona del norte africano.

Hacia el 19 a.C., el procónsul Cornelio Balbo, utilizando la ruta bereber de Libia al Chad a través del Fezzan, saqueó en esa región la ciudad-estado de los bereberes garamantes, Carama (actual oasis de Yerma), capital del Fezzan, floreciente metrópoli a la cual se había referido el romano Gabinio en su crónica sobre los bereberes (15) : "**Se embellecen rizándose el pelo y la barba, poniéndose adornos de oro, limándose los dientes y cortándose las uñas. Raras veces se tocan al hacer el amor para que no se les estropee el peinado. Sus jinetes llevan jabalinas y espadas, y conducen los caballos sin ensillar con la ayuda de cuerdas que les sirven de riendas (16). La infantería se cubre con pieles de elefantes que les sirven de escudos; llevan unas lanzas cortas y anchas, y faldas de amplio borde. También se sirven del carro chillón. Cuando se desplazan por el desierto, atan los depósitos de agua debajo de la barriga de los caballos (...) Llevan una vida sencilla y austera. Los reyes crían magníficos caballos. Sólo en el pueblo de los garamantes, se estima en cien mil el número de yeguas que crían cada año".**

Estos garamantes, que corrían por el desierto con el carro chillón, carros con tiro de cuatro caballos en horizontal, según comentó ya Heródoto, habían tenido una intensa actividad comercial con los cartagineses, siendo sus intermediarios en las tierras del Sudán. Después de enfrentarse durante siglos a los romanos, decidieron cambiar de actitud y hacia el 86 d.C., guiaron por el camino del Níger al gobernador romano de Numidia, Julio Materno, en busca del oro que le demandaba el emperador Domiciano (81–96).

En tiempos de Julio Cesar (100-44 a.C.) enviaron colonos romanos a Iulia Valentia Banasa, (Marruecos), en el reino de los "bereberes moros". El nombre de "moro" procedía del fenicio mahurim, que los romanos transformaron en mauri, y que después derivó en maure y moro. El reino de los bereberes moros era denominado Mauritania, y estaba situado entre el Atlántico y Numidia, ocupando la mitad norte del actual Marruecos y del antiguo Oranesado, hoy en argelia. Anexionado por Roma en el 42 d.C., su división en dos provincias habría sido idea de Calígula (12-41), que llamó Caesariensis a la parte Oriental, con capital en Cesárea (la anterior Iol y actual Cherchel, al O. de Argel), y Tingitana a la Occidental, con capital en Volubílis (en el actual Marruecos, al N. de Mequínez). Sin embargo, fue el emperador Claudio (10a.C.-54) quien sancionó oficialmente la división. Y Diocleciano (m.305) ahondó en ella, subdividiendo la provincia Oriental en Caesariensis y Sitifensis.

Roma tardó en hacerse con el país de los maures, (o maurusios). Cuando la sublevación de Sertorio (79-77 a.C.) contra Sila, el conflicto se había extendido de Hispania a Mauritania Tingitania, y ésta se había posicionado a favor de Sertorio. Su ayuda al rebelde fue duramente castigada por Pompeyo (72 a.C.), pero Mauritania Tingitania se resarció ayudando a Julio Cesar con el envío de infantes y jinetes. Más tarde, el rey mauritano Doco pactó con Octavio Augusto una especie de "protectorado" (23 a.C.), que condujo al país a convertirse en tributario de Roma en el 25 a.C.

Durante los siglos que siguieron, hasta su definitiva anexión por el Imperio, la Mauritania romana se benefició extraordinariamente del control de Roma. Dispuso de las famosas calzadas romanas que enlazaban las fronteras (limes) imperiales, y tuvo sus colonias provinciales en Babba, Cartenna, Gunugu, Igilgili, Rusazus, Rusguniae, Saldae, Tupusuctu, Zilis y Zuccabar. Tambien fueron acondicionadas sus antiguas rutas hacia el Sudán, país de los negros, atravesando el Sahara. Los sistemas de

riego y las piedras miliarias siguen indicando aún hoy los jalones de las pistas por el Sahara Central, el Fezzan y el Hoggar (17).

En la montañosa región del Hoggar se encuentran asimismo vestigios de dos pueblos cuyos orígenes han sido tan discutidos como el de los peules: los tuareg y los tubu. Los bereberes tuareg (sing.: targuí) sucedieron a los garamantes en el Fezzan como caravaneros, cuando el dromedario ya se había extendido por el Sahara (hacia el siglo III d.C.) ; incluso se ha querido identificar a los tuareg con los garamantes que dejaron enormes necrópolis al Sur de Libia y al norte del Chad. La tradición targuí en el Hoggar se remite a un enigmático ancestro mujer llamado Tin–Hinan, que procedía del Tafilalelt, actual Marruecos, y que a lomos de una camella blanca, acompañada de su criada y de un pequeño séquito, habría viajado hasta el oasis de Abalesea, la entonces capital del Ahaggar, en Tamanrasset al Sudeste de la actual Argelia, donde habría sido ensalzada como "reina de los tuareg". La etnia bereber de los tuareg (literalmente "hombre libre") del Sahara central que los antropólogos asocian también a los antiguos bereberes atlantes, se considera fuertemente mestizada por sus constantes desplazamientos a las regiones del río Níger, donde acabaron instalándose, en los confines del actual Mali. Otro mestizaje seria el del pueblo tibu, al cual se ha atribuido la autoría de las importantes construcciones próximas al oasis de Abalesa. Los tubu, negroides del Tibesti (Chad), se desperdigaron por el Fezzan (Libia) ; al E., el oasis de Kufra (Libia), hasta Ennedi (Chad), y al Sur hasta el lago Chad. Durante un tiempo en Europa les confundirían con los bosquimanos (16), pueblo de Africa austral y del desierto del Kalahari que ocupaba la margen derecha del río Zambeze. Heródoto, en uno de sus comentarios sobre las tierras del Sur del Atlas, (IV, Melpomene), se refirió a los tubu: "**Tierra adentro se halla la región de los animales salvajes, y más allá se extiende una superficie arenosa llena de colinas que llega desde la ciudad egipcia de Tebas (actual Luxor) hasta las columnas de Hércules (Estrecho de Gibraltar...). Allí moran los pueblos más lejanos que hay al norte del desierto (...) Entre ellos figuran los garamantes, que constituyen una tribu muy numerosa y en sus carros tirados por cuatro caballos persiguen a los etíopes (negros) trogloditas. Esos etíopes son los hombres más rápidos de que hemos oído hablar"**.

La superficie arenosa llena de colinas que llegaba desde Tebas (actual Luxor, en Egipto), hasta las Columnas de Hércules (Gibraltar) siguió siendo en las crónicas antiguas el "desierto etíope". Y sus habitantes negroides, por extensión, eran todos "etíopes". Hubo quien asoció los tubu a los propios garamantes y no a los "etíopes trogloditas" (19). Y quienes les consideraron antepasados de los bosquimanos del Africa austral (20). El caso es que los tubu (cuya subetnia meridional son los daza), todavía en el siglo XIX eran capturados en el Fezzan por los árabes para venderlos como esclavos en los mercados de Trípoli (Libia). Hoy se les considera abarcados en el grupo etiópico, cuyo liviano concepto, derivado del antiguo "desierto etíope", podría ser igualmente bereber, dado que los cromañonenses bereberes son mucho más antiguos en Africa que los árabes.

2. – La costa Oriental. Sabeos y bereberes Zanata.

Suele atribuirse al rey persa Jerjes I (486-466 a.C.) que el camello partiese de Oriente en el transcurso de la Segunda Guerra Médica (480–479 a.C.) para ser empleado contra los griegos. Era la montura de las unidades árabes de caballería del ejército persa, utilizada tambien en la intendencia para el acarreo de víveres y pertrechos. Además de su velocidad y resistencia, espantaba a los caballos. En consecuencia, podía causar estragos con facilidad en las filas enemigas. Por otra parte los persas, cuyo imperio incluía Egipto desde el 525 a.C., a los diez años se habían anexionado la Cirenaica (Libia oriental) y a partir de allí habrían introducido el camello en el resto de Africa. Ahora bien, el dromedario (camelus dromedarius), con una sola joroba, procedía de Arabia. Y en Africa el ganado camélido que se desarrolló fue el dromedario. De modo que, o se introdujo con las élites árabes del ejército persa que acostumbradas al dromedario de Arabia no era muy lógico que utilizasen el camello persa, o bien lo introdujeron por el estrecho de Bab el–Mandeb, en el Mar Rojo, a través del cual, desde hacía milenios, comunicaban etíopes y somalíes con los árabes del Yemen.

En el Yemen se había ubicado en la antiguedad el reino de Saba cuyos habitantes, los sabeos tuvieron una presencia tan larga en Etiopía que se pierde en la noche de los tiempos. El reino de Acsum, fundado por los sabeos–yemeníes en la costa del Mar Eritreo, como le llamaron los griegos, tuvo durante siglos la primacía del comercio con el Yemen y más allá del golfo de Aden, donde se internaban los galeones árabes para alcanzar Indonesia y la India.

En Arabia, de las dos caravanas anuales que los Quraychies (22) organizaban en La Meca preislámica, la del verano partía hacia el Norte, en dirección a Siria y la del invierno hacia el Sur, hacia Yemen y Acsum, al otro lado del Mar Rojo. Los egipcios tenían el control de cuantos productos llegaban por el Mar Rojo al Mediterráneo; y ejercían el mismo férreo monopolio aduanero que, durante los siglos XIII–XV d.C., impondrían los Mamelucos.

Ese monopolio sería el que forzase a los portugueses a agudizar el ingenio y navegar por la costa atlántica de Africa, para rodear el continente en busca de un paso sin controles al Océano Indico, un paso que les librase de los ruinosos aranceles que debían desembolsar a Egipto.

Esa historia no era nueva: en tiempos de Ptolomeo VIII, Evérgetes II según el epíteto griego que se le adjudicó (146–116 a.C.), un comerciante griego, Eudoxio, que se había medio arruinado tras varios viajes a la India pagando a las aduanas egipcias, decidió afrontar Africa por el Atlántico para dar con la salida al Indico que le era indispensable. Partiendo de Cádiz emprendió el viaje, pero su barco embarrancó, tal vez a la altura de los arenales de Tarfaya (Cabo Jubi), y tuvo que regresar. De nuevo en Cádiz, construyó dos grandes navíos, uno de bordo muy alto y el otro de quilla plana. Volvió a zarpar, pero nunca más se supo de él ni de su tripulación.

En el siglo IV d.C., el rey acsumí Ezanas (320-360 d.C.), se apoderó de Meroé, en la orilla oriental del Nilo, y acaparó su comercio y su industria siderúrgica. Los reyes de Acsum habían llegado a tener una importante incidencia en el Yemen. El Yemen había figurado incluso como una provincia de Acsum, y el que se ocupaba del gobierno en la región arábiga era un virrey abisinio.

De igual forma se trasladaba de orilla a orilla la corriente religiosa a la cual perteneciese el monarca, por lo que a ambos lados hubo dinastías judías y/o cristianas. Un virrey abisinio del Yemen, Abraha al-Ashram (525-570 d.C.), de religión cristiana, envió una expedición militar contra La Meca que fracasó por una epidemia, según la tradición musulmana. En su ejército llevaba elefantes

africanos para destruir la Kaaba y la incursión se habría registrado en la historia árabe como el "año del elefante", que correspondería, según algunas fuentes, hacia el 550. Para la tradición musulmana habría ocurrido en el 570, el año del nacimiento del Profeta Mahoma.

La estrecha fusión entre Yemen y Abisinia vino a plasmarse por escrito en el Kebra Nagast (la Magnificencia de los Reyes), encontrado en Abisinia en el siglo XIV. Según ese libro, una reina de Abisinia, la legendaria reina de Saba, la mítica Makeda (Bilois en la tradición musulmana y Sheba en la judía), seducida por cuanto había escuchado acerca del rey Salomón de Jerusalén, emprendió viaje a Jerusalem para conocerle, acompañada de un grande y célebre séquito. Al cabo del tiempo regresó pero con un hijo habido de Salomón, Baina Lejem (el Hijo del Sabio), que luego adoptaría el nombre de David y que más tarde se llamaría Menelik (23), Rey de Reyes, cabeza de los dinastas abisinios. Al trasladar así de un continente a otro la historia bíblica de la reina de Saba, la leyenda contribuyó a que durante siglos se confundiese a les sabeos del Yemen con los de Etiopía/Abisinia y que se creyera incluso que el reino de Saba había estado en la costa oriental africana.

Lo cierto es que los sabeos habían adquirido entidad propia, más en Africa que en Arabia, su lugar de origen; y que el Corán distinguía nítidamente a les Sabeos de los saba. Para los genealogistas arabo–musulmanes, dos grupos étnicos se habían fundido en la población de la Arabia preislámica, y cada uno de ellos había tomado sus respectivos epónimos de dos descendientes de Ismail, hijo de Abraham: las gentes del Norte tenían por ancestro a Adnan, y las del Sur a Qahtan (24). Por otra parte, las gentes del Sur de Arabia, los yemeníes, hablaban dialectos diferentes de los hablados en el Norte. El sabeo era una lengua semítica compartida por Saba y Abisinia. Pero en Abisinia se mezclaría además con otro dialecto semita que tomaría su nombre de una familia yemení allí establecida, el Ag'az, y se convertiría en lengua clásica: el güez (25).

El Corán se encargaría de corroborar la entidad propia de los sabeos. Al referirse a los saba los sitúa como una tribu árabe meridional. La reina de los saba visita a Salomón (Cor. 27, "Las Hormigas", mequí, 22–24), y luego se relata la forma en que los saba son castigados por su extravío: los diques se rompen y su ciudad es inundada (Cor. 34, "Los Saba", mequí, 15–20). No hay duda de que se está refiriendo explícitamente a los habitantes del reino de Saba, cuya capital, Marib (a tres jornadas de la actual Sanaa, capital de la República Arabe del Yemen), se hallaba antaño cerca de un mar interior y su dique sufrió varias roturas entre les siglos I–VI d.C. (26). Las azoras (o suras) que tratan de los saba pertenecen a la época de La Meca, antes de que Mahoma emigrase a Medina. Sin embargo, las azoras que se refieren a los sabeos se datan en Medina, y en ellas se les incluye en grupos religiosos –no étnicos– junto a musulmanes, judíos y cristianos (Cor. 2,62; 5,69; 22,17), y parecen responder a un episodio abisinio. Cuando los primeros musulmanes se vieron amenazados en La Meca por la persecución de los quraichíes y majzumíes, Mahoma se dirigió al reino de Acsum, que entonces era cristiano, para que acogiese a las familias musulmanas. Al emigrar después Mahoma a Medina (año 622 de la Era cristiana, año 1 de la Hégira musulmana), los arabo–musulmanes dejaron Abisinia y se reunieron con é1, y nunca olvidaron que les sabeos cristianos del reino de Acsum les habían dado asilo fraterno (27). Les sabeos de Abisinia se introdujeron, pues, en la historia con nombre y lenguaje propios (28).

El gran filósofo, historiador, sociólogo y geografo Abu Zaid Ábdu r-Rahman bin Muhammad bin Khaldun Al-Hadrami, mas conocido como Abenjaldun (1332–1406), recogerá ese detalle de una lengua distinta al referirse a los Zanata para distinguirlos de los bereberes propiamente dichos, en función de la lengua que hablaban los zanatíes, distinta a las demás (29).

Los Zanata constituían junto con los Sinhaya las dos más grandes agrupaciones étnicas bereberes de la historia. Pero las tradiciones de los pueblos que venían entrecruzándose secularmente a través de Africa, desde el Mar Rojo al Atlántico y desde el Mediterráneo al Níger, habían tejido relatos que enmarañaban orígenes y procedencias y que confundirían a quienes, tardíamente, iban a ocuparse de reconstruir su historia.

Ibn Jaldun distinguiría a los Zanata de los demás bereberes por su grupo lingüístico. Pero la vinculación con los árabes preislámicos del Sur de Arabia se la daría a los Sinhaya de lo que él denomi-

nó la "primera raza", los primeros en llegar a Africa, según Ibn Jaldun, a los cuales hará originarios de Himyar, un reino yemení que tuvo otro apogeo con la decadencia de Saba, y que en el siglo XV no había caído en el profundo olvido que sepultaba al reino sabeo.

A los Sinhaya de la "tercera raza", procedentes del Sur del Sahara y en tiempos de Ibn Jaldun establecidos en el Atlas medio, el historiador les llamará Zanagas y trazará la linde de sus tierras en la confluencia con las de los Zanata asentados igualmente en el Atlas.

La confusión que suscitan los nombres no quedará ahí. El granadino Luis del Mármol Carvajal (1573–1599) recogería en el libro primero de su Descripción General de Africa: **"Los autores de mayor opinión entre los africanos afirman que los primeros pobladores de los desiertos orientales de Berbería y Numidia, que hoy llaman Bereberes Africanos, eran cinco pueblos de Sabeyos que vinieron con Melec Ifiriqui, rey de Arabia Feliz (Yemen), de quien tomó nombre la Africa propia(...) Estos mantienen todavía sus antiguos nombres y son llamados Zinhagia (Sinhaya), Mugamuda, Zeneta (Zanata), Haoara y Gumera, de los cuales proceden seiscientos linajes de Bereberes Africanos, y de ellos vienen todos les más nobles, y los reyes de toda Africa(...) Los más nobles pueblos son los que están en la parte occidental (del Sahara), cerca del mar Océano, y del río de los Zenegas(Senegal). Los nombres de estas poblaciones del Zahara (Sahara Occidental) son Nun, Zenega, pueblo poderoso que un día tuvo señorío en Etiopía y de él proceden algunos reyes de negros que reinan el día de hoy; Zuenziga, Terga, Ceepta, Berdoa, Tegaza, donde hay más salinas y cargadores de sal, que los mercaderes llevan a la tierra de los negros; Angela, Certe y Berdoa(...) Los pobladores de esta parte Occidental de Zahara se llamaron antiguamente Sabatheos, de Saba, hijo de Cus (Kush), que pobló en ella".**

Las pautas de 1bn Jaldun serán seguidas por los narradores posteriores en la mayoría de los estudios sobre los bereberes. Luis de Mármol estuvo en el Sahara Occidental, formando parte de la expedición que los saadíes de Marruecos enviaron a Uadan (actual Mauritania) en 1543–44, y pudo adquirir su información directamente. Pero a quienes él llama Sabatheos son los Zanaga sinhayies de Ibn Jaldun; Zanagas que tendrán como variantes fonéticas Zenegas, Azanegas, Eznagas (...) nombres varios que serán confundidos con Zanata, habida cuenta, además, que ambas confederaciones, Zanata, Sinhaya y sus múltiples ramas, compartían la habitabilidad en las mismas regiones, simultaneando su presencia cuando un grupo obtenía preeminencia sobre los territorios y pastos ganaderos del otro.

Según Ibn Jaldun, la "primera raza" sinhayi se había instalado en el Norte del Magreb y sus componentes eran tanto trashumantes como sedentarios (baranis) ; mientras que los de la "segunda" y "tercera raza" (Zanaga) eran nómadas (butr). Los bereberes Zanata, en cambio, para Ibn Jaldun eran los nómadas por excelencia. Y tanto se difundió esa idea que, en estudios posteriores, Zanata y Butr aparecerán como sinónimos (30). Sin embargo, les Zanata del Sur del Sahara (de donde Ibn Jaldun hacía provenir a sus Zanaga Sinhaya), **esos bereberes que hablaban una lengua distinta, habían sido sedentarios tanto en el Sudán como en sus valiosas ciudades–estado de las regiones auríferas del Oeste, donde habían compartído áreas de influencia con los Sinhaya.**

Los Zanaga sinhayíes de Ibn Jaldun habrían hecho que el Senegal se conociera como "río de los Zenegas", aunque algunos lo interpretarían como "río de los Zanata", atendiendo a la confusión de nombres y a que Zanata y Sinhaya eran allí igual de importantes (31). Los Zanagas, o Eznagas sinhayies no se distinguían por su lengua. En cambio los Zanatas sí; hasta el punto que se llegaría a dudar que fuesen bereberes (32). Y, según las tradiciones, serían ellos, los Zanata, quienes introducirían el dromedario, o camello árabe como se le llama a veces, en el Sahara y el Sudán hacia el siglo III d.C.

Lo poco que se sabe del desarrollo de la inicial crianza en Africa del dromedario se remite a los romanos. Se ha dado en suponer que la III Legión Augusta montaba dromedarios cuando, hacia el 69 d.C., y durante Flavio Vespasiano, el gobernador de Numidia, Valerio Pestus, derrotó a los garamantes que asediaban Leptis Magna, en las playas del golfo de Sirte (Libia), y persiguió velozmente sus carros a través del Sahara central hacia el Fezzan. Sí consta, en cambio, que el emperador

Septimio Severo (193–211), nacido en Leptis Magna, había potenciado la introducción y crianza masiva del dromedario en Tripolitania, sirviéndose para ello de los contingentes sirios, que lo usaban como montura y que el emperador hizo pasar a Africa por el camino natural del istmo de Suez, para acuartelarlos en la región tripolitana (33). A partir de entonces se consideraría que los rebaños de camélidos proliferaron y que su pastoreo se extendió a los bereberes, quienes se aplicarían a ensillar las monturas como hacían les romanos y descubrirían el tesoro que representaba el dromedario para atravesar el desierto...

De modo que, sorprendentemente, habrían sido los romanes los que habrían difundido el dromedario entre los bereberes que, desde hacía siglos, estaban intercambiando toda clase de productos con los árabes a través del estrecho de Bab el–Mandeb. No se sabe muy bien porqué hay renuencia a asociar la introducción de dromedarios a bordo de barcos. Pero cuesta creer que los bereberes saharianos y sudaneses tuvieran que aprender de los romanos la utilidad de ese animal como vehículo para el transporte, la carga, los trabajos agrícolas, la alimentación, el vestido...

Los bereberes estaban acostumbrados a cruzar Africa en todas direcciones. Se intuye incluso que fueron ellos les que habían introducido el hierro en los reinos negros del Sudán, cuando cruzaban la estepa y el desierto con carros de caballos, a través de las rutas más utilizadas entonces, y que aprovechaban las grandes vías naturales: al Norte, la "ruta litoral" que, por el istmo de Suez, cruzaba el desierto líbico por el casis de Siuah y, a través de las altiplanicies, llegaba a la costa atlántica del Sahara Occidental. Esta habría sido asimismo la ruta que utilizaron los ejércitos arabo–musulmanes para llegar al Magreb. En el centro, casi paralela a la "ruta litoral", otra vía natural corría por la sabana sudanesa del Mar Rojo al Atlántico. Al Sur, la doble ruta que unía las confluencias del Nilo Azul y el Nilo Blanco con las regiones del lago Chad, y a cuyo recorrido se atribuye la difusión cultural y comercial de los reinos etíopes por el Africa subsahariana (34). De Norte a Sur, descendiendo por el valle del Logon, se contaba con la depresión del Benué, mediante la cual se permitía la comunicación entre el golfo de Guinea y el de la Gran Sirte, en el Mediterráneo libio.

La ruta del Nilo Blanco, que partía de la ciudad abisinia de Atbara y se prolongaba al Oeste por el Bahr el–Gazal, se reunía, en el puerto caravanero de Al–Fasher (región de Darfur, del Sudán actual), con la llamada "ruta de los cuarenta días", que venía de la ciudad egipcia de Asiut por el Darb al–Arbain.

Estos caminos bereberes se afianzaron como antiguas redes transmisoras al admitirse que el hierro se había difundido por el Sur desde Meroé; primero exportando sus principales manufacturas de espadas, lanzas y azadones, y después con sus técnicas (35). Pues, a partir del 300 d.C., ya fue trabajado en las sabanas sudanesas, allí donde la erosión del suelo formaba depósitos de costras lateriticas con abundancia de óxido de hierro. Más al Oeste, es posible que 1a técnica del hierro llegase al Sudán occidental conjuntamente desde Meroé y España, a través del norte fenicio de Africa. En éste último caso, seguirían siendo los bereberes saharauis quienes la hubieran transportado por su entramado de rutas saharianas; las mismas que utilizaron a lo largo de mil años para llevar hasta el Mediterráneo el oro sudanés de Galam y Bambuko, al Sudeste del actual Sahara Occidental, entre el río Senegal y su afluente Faleme (en las actuales repúblicas de Senegal y Mali), y de Buré, entre el río Níger y su afluente Tinkisso (en la actual República de Guinea, o Guinea–Conakry).

Aquellos eran los importantes dominios de los bereberes Zanata y Sinhaya, sobre los cuales se cimentaría el fabuloso imperio de Ghana, del que no se tienen aún noticias concretas anteriores al siglo III d.C., siglo en el cual coincidía la llegada del dromedario con los bereberes Zanata que se expresaban en una lengua distinta, acaso el sabeo–güez del desierto Arábigo, con las lógicas impregnaciones del árabe clásico en el que está escrito y ha de leerse el Libro, el Corán.

3.–El Imperio de Ghana

La leyenda del Kebra Nagast tenía una raigambre tradicional muy remota pero también muy difundida, antes de ser plasmada por escrito en el siglo XIV (36). La tradición del pueblo sudanés Soninké hacía de su ancestro Dinga un descendiente de Salomón, que llegaba desde Jerusalén a establecerse en Uagadu, el país de los rebaños, donde habitaban tribus bereberes, Sinhaya y Zanata (37).

Uagadu se extendía desde el Adrar Tamar, al Sur del actual Sahara Occidental, a la región de los lagos al Oeste de Tombuctú. Abd al–Rahman Es–Sa'adi, imam (38) de Tombuctú, manifestó en su Historia del Sudán (39), redactada en 1655, que en Uagadu había habido una dinastía de cuarenta y cuatro reyes blancos (bereberes) hasta el año 750 aproximadamente; fecha en que se calculaba que la dinastía negra Cissé asumió el poder. El clan Cissé era Soninké, pueblo asociado a los Sarakolé (actualmente en el Noroeste de Mali y Alto Volta), cuyo nombre significa "hombre blanco".

La capital de Uagadu era Ghana, identificada con Kumbi Saleh, en la actual Mauritania. Y Uagadu se conocía como el reino de los Kayamaga, título de los soberanos o Señores del Oro: Kaya, oro, y maga, señor (40) en lengua soninké (41). La dinastía Kayamaga era de raza blanca. No se nombra a los bereberes, pero no podían ser otros; especialmente cuando los estudios sobre los Almorávides fueron sacando a la luz la antigua existencia de los bereberes en las regiones auríferas del Sudán. Una crónica anterior, la de Mahmud al–Kati, cadi de Tombuctú en el siglo XVI (42), contabilizaba veintiún Kayamaga hasta la época de Mahoma, momento en el cual la dinastía blanca fue sustituida por los súbditos soninké. Tanto si los Kayamaga blancos fueron reemplazados en el siglo VII indicado par al–Kati, como si lo fueron en el siglo VIII según Es–Sa'adi, los restantes historiadores, orientales y andalusíes, que escribieron sobre el Imperio de Ghana, eludirán las dinastías blancas para centrarse en los reyes soninké que gobiernan a partir del siglo VIII.

El geógrafo, filósofo y astrónomo iraquí Abu Abdallah Muhammad ibn Ibrahim al–Fazari (m. 806) llamó a Ghana el "país del oro" (43). Y así fue denominado en lo sucesivo. Todo el interés se centrará en los yacimientos auríferos del Senegal y Níger. Y en las tradiciones orales soninké, que hacían caer el oro como lluvia sobre su tierra y que no resultaban exageradas ante lo que contaban los viajeros y eruditos extranjeros. Un siglo después, el historiador bagdadí Abu al-Hasan Ali ibn al Husayn Ali al–Masúdi (m.956), considerado el Heródoto de los árabes, un viajero infatigable que además de Africa recorrió Persia, la India, Indonesia y China, dejó escrito que en Ghana el oro crecía como los tallos de mimbre (44). El geógrafo, gramático y poeta yemení Abu Muhammad al Hasan al-Hamdani (893-945), escribió que en Ghana bastaba con recoger el oro a paletadas (45). En el mismo siglo, el iraní Ibn al–Faqih al–Hamadani afirmaría que en Ghana el oro crecía en la arena como las hortalizas y se recolectaba al amanecer (46). El historiador y geógrafo bagdadí Ahmad Al–Yaqúbi (m. 897) indicó que eran numerosos los príncipes que se hallaban sometidos a la autoridad del rey de Ghana (47).El geógrafo y cronista turco Muhammad abu'l-Qasim Ibn Hawqal (m.977) visitó Siyilmasa y Audagost hacia el 951, y afirmó que el país de Ghana tomaba su nombre del titulo de sus reyes, y añadió: **"El príncipe de Audagost mantiene relaciones con el rey de Ghana (...), todos están obligados a mantener relaciones con el principe de Audagost, pues dependen de él por la necesidad de importar sal desde las regiones del Islam, ya que sin ella no pueden subsistir. En las regiones remotas del pais de los sudan (negros), el precio de una carga de sal alcanza a veces los doscientos o trescientos dinares"** (48).

La ciudad–estado de Audagost (actual Tedgaost de Mauritania) se ubicaba en el Tagant oriental, entre las regiones de Auker, al Norte, y el Hodh al Sur. Ambas regiones eran dominios de los bereberes Sinhaya y Zanata, de los Bambara, pueblo del grupo Mandinga o Malinké (49), y de los Soninké o Saracolé, Wolof, Serere y Songay (50). Su antigua convivencia quedó expresada por el fuerte mestizaje negro–bereber en todas sus comarcas. Tribus Sinhaya se ocupaban de la ganadería, trashumando con sus grandes tropeles de dromedarios por zonas de recorrido tácitamente delimitadas. Los sinhayies Lamtuna trashumaban desde el Sur del Draa por el Adrar Tamar hasta el Níger. Los Massufa, entre Siyilmasa y Ghana. Los yudala, entre el Draa y Siyilmasa. Esas tres grandes tribus eran las conocidas como los Sinhaya velados: los mulattimun, portadores del lzam, tela que, prolongándose desde el turbante, les cubría el rostro, dejando únicamente a la vista los ojos. Otros sinhayies, los Yazula (asociados a los getulos de los romanos), y los Lamta (fundadores en el siglo XI de la ciudad de Nul Lamta), se repartían al Norte las regiones del país del Sus (51) y del Nun, llegando a veces al Tafilelt con ánimo de controlar la ruta comercial de Audagost, encontrándose entonces con sus parientes velados, guardianes de las caravanas (término persa "kar–ban": depositaria de los negocios).

Son los datos que facilitan los autores que estudiaron los orígenes de los Almorávides (52). Los sinhayíes Zanata, tan presentes en el Sudán occidental como para que su río atlántico tomara de ellos el nombre, Senegal, ya no se rastrean en esa historia; tal vez se habían fundido–confundido con los Zanata, la rica clase que acaparaba el comercio de Audagost.

El oro de la ciudad, oro en polvo, tenía fama de ser el más puro. Multitud de orfebres se ocupaban de fundirlo y moldearlo en forma de anillos, lingotes, madejas alámbricas o monedas de peso fijo que se acuñarían después en las cecas de Siyilmasa, el Magreb o al–Ándalus, para facilitar su transporte. No obstante, resultaba más práctico a los comerciantes viajar sin grandes cantidades de dinero encima, por lo que circulaban los billetes a la orden del negociante, el "shaqq" árabe, nuestro posterior "cheque" bancario.

Audagost gozaba de una privilegiada situación geográfica y no sólo respecto a los depósitos auríferos de Galam y Bambuko; al Suroeste del Sahara Occidental, junto al Atlántico, disponía de las salinas de Aulil (53), cuyo monopolio le garantizaba una posición ventajosa frente al rey de Ghana soninké. La sal resultaba un tesoro vital en aquellas latitudes; de ahí que la ubicación de las salinas tendría tanta importancia política en el posterior, y mejor conocido, comercio transahariano. La ciudad bereber de Audagost exportaba asimismo ámbar gris, de las proximidades de Aulil, y goma arábiga, de gran demanda en Al–Ándalus para el lustrado de sus sedas y demás industrias textiles (54). Sus rutas a Siyilmasa y Fez estaban bordeadas de cisternas y pozos de agua vigilados desde fortines por los Sinhaya velados quienes, naturalmente, cobraban impuestos de peaje por la seguridad que otorgaban a las caravanas que transitaban las rutas y territorios. La vía específica de los Lamtuna, el triq lamtuní, permitía llevar el oro del Senegal por el Adrar Tamar y la Saguia al–Hamra hasta el Norte de Africa y el Mediterráneo.

Hacia el siglo IX, los Lamtuna decidieron hacerse con el control de los beneficios económicos de Audagost, tomando el gobierno de la ciudad–estado, al tiempo que se organizaban en confederación. Sin embargo, los conflictos internos los debilitaron, y la Confederación Lamtuna se descompondría a comienzos del siglo X. Los Zanata y la población Soninké de Audagost no serían ajenos a tales conflictos, aliándose ambos con la dinastía Cissé de Ghana, que entonces atendía a su expansión por el Este. El hecho de que, a comienzos del siglo XI, se le atribuyan al Imperio de Ghana unos límites que se extendían desde el Atlántico a la región de los lagos al Oeste de Tombuctú, y desde las regiones auríferas del Senegal y Níger hasta el Sahara, entrando en esos límites, regiones, ciudades y rutas controladas por los bereberes, indica que los Cissé no contaban realmente con un Estado cohesionado por un poder central.

En el norte del Sahara Occidental, la entonces capital de los Zanata en la comarca del Tafilalelt era Siyilmasa, junto al Uad Zig. Era el enclave caravanero por excelencia, en el que confluían y se dispersaban hacia sus destinos las caravanas de Ghana, Magreb, Al–Ándalus y Egipto. El origen

de esa ciudad se remontaba al tráfico transahariano de la época cartaginesa y los romanos tuvieron sede en ella. Sin embargo, sería otra vez la tradición musulmana la que relatará su historia, como si hubiese nacido con el Islam.

Al sur del actual Sahara Occidental, bereberes Zanata compartían con los Soninké la ciudad–estado de Biru, que después tomaría el nombre de Ualata. Los Sinhaya poseían Uadan, la ciudad donde se repostaba en el triq Lamtuna antes de llegar a Audagost, y también Tichit, antes llamada Setu. Todas tenían una existencia secular, tal vez milenaria, antes de que fuesen estudiadas a través del mundo arabo–musulmán (55).

4. – El Islam y la arabización

En el siglo VII, el Norte central y occidental de Africa todavía se encontraba en manos de los bizantinos (56), mientras que Egipto pertenecía ya a los arabo–musulmanes. El exarca o gobernador bizantino de Túnez, Gregorio, se había independizado de Constantinopla y las tropas imperiales marchaban contra él, de modo que llamó en su ayuda al gobernador de Egipto, general Abd Allah Ibn Said, que se presentó en Túnez con sus tropas musulmanas en el 642. Una vez librado de los imperiales bizantinos, el exarca cayó en la cuenta del potencial peligro que representaban igualmente las tropas musulmanas, y reagrupando a su ejército las puso en la frontera egipcia. Los musulmanes no debían estar muy interesados por el Oeste del Valle del Nilo, la Cirenaica, ya que se retiraron sin excesivas dificultades y hasta el año 650 no llevaron a cabo otra incursión armada por el Norte de Africa, incursión que no tuvo consecuencia alguna.

Pero hacia el año 670, el general del califato Omeya Ucba Ibn Nafi(622-683), al terminar la conquista de Egipto con Amr ibn al-As, prosiguió con sus tropas la ocupación de las plazas del norte de Africa e instaló, en la región de Tunez, un campamento militar permanente, en cuyo entorno surgiría la ciudad de Kairuán, antes de proseguir una penetración sistemática hacia el Oeste y el Sur, donde encontraría la enconada resistencia de las tribus bereberes, a las que se sumaron las poblaciones de las ciudades costeras del Mediterráneo: bereberes, romanos, árabes y bizantinos. Estos últimos, los del imperio bizantino eran, a su vez, griegos, macedonios, egipcios, palestinos, sirios, armenios, serbios, croatas, búlgaros, albaneses...), aliados todos frente al enemigo común.

Un príncipe bereber cristiano, Kosaila (o Aksel), de la poderosa familia de los Auraba, tomó el mando de las tropas conjuntas norteafricanas y derrotó a Ucba en el 683. Otro gobernador de Egipto, el general Hassan Ibn Noman, reemprendió la ofensiva y en el 698 conquistaba la ciudad de Cartago, en Túnez, la antigua Provincia Africa de los romanos. Les bereberes volverían a coaligarse y dirigidos ahora por una mujer, Kahina, la princesa Zanata, rechazarían una y otra vez a los arabo–musulmanes, no dejándoles llegar al Atlántico hasta el año 703. Y hasta el año 710, fecha en que se considera más e menos acabada la anexión de las comarcas del Magreb (Occidente) al imperio del Islam, las tropas musulmanas no dejaron de combatir contra las tribus bereberes, que se parapetaban en las montañas y les atacaban en el desierto. Sin embargo, en las ciudades costeras, una vez ocupadas, debieron replantearse la situación.

Para el Islam había dos mundos (y para los fundamentalistas los sigue habiendo) : la morada del Islam, Dar al–Islam, habitada por los creyentes (muminin) sumisos a Dios; creyentes que entonces eran los musulmanes (muslimin). Y la morada de la guerra, Dar al–Harb, la tierra de los no–creyentes o incrédulos, los enemigos de Dios Único y de la fe. Cuando se conquistaba la tierra "enemiga", sus ciudadanos, si no se islamizaban, pasaban a ser considerados ciudadanos de segunda categoría, debiendo abonar cuantiosos tributos por vivir, como realquilados, en la tierra-morada del Islam; aunque los norteafricanos ya estaban acostumbrados a pagar impuestos a todos los gobiernos ávidos de ello: romanos y bizantinos habían sido los más exigentes.

Sin embargo, al tratarse de las "gentes del Libro" (judíos, cristianos y los famosos sabeos), la comunidad musulmana (Umma) establecía con ellos un pacto de protección y tolerancia, la dimma, que se traducía en un derecho de hospitalidad (no exento de impuestos) que les permitía conservar su fe, su culto, su legislación religiosa y civil y sus propios tribunales para administrarla (57). Pero

tampoco les dimmíes eran ciudadanos en el sentido romano del término: no podían acceder a cargos públicos y su voz contaba menos que la de un musulmán. Naturalmente, estas sutiles diferencias solo podían apreciarlas las clases nobles y acaudaladas, porque los demás no tenían apenas derecho alguno, gobernase quien gobernase. Las clases nobles y acaudaladas fueron por tanto las que primero se plantearon la conveniencia de cambiar de religión y pasar al Islam para evitar el impuesto extra.

En cualquier caso, las diferentes poblaciones del Norte de Africa guardaban en sus memorias una historia bastante turbulenta del confuso Cristianismo que habían conocido. Las persecuciones romanas los habían dejado anegados en sangre. El apologista Quinto Séptimo Florencio Tertuliano (¿160–240?), romano nacido en Cartago, conmocionado por el cruel espectáculo de los mártires cristianos, decidió convertirse él también. De modo que la Iglesia, la asamblea de los cristianos, se había extendido pronto. A finales del siglo II, un hombre llamado Arqueo era obispo de Leptis Magna (Libia) ; en el siglo III también tenían obispos Sabrata (Libia) y Yerba (Túnez). El historiador bizantino Procopio (m.562) nacido en Cesárea de Palestina, escribía que se habían convertido los habitantes de la ciudad de Gadamés (oasis de Libia, junto a las actuales fronteras de Argelia y Túnez) : todos bereberes (58)

Tertuliano también había relatado que diversas tribus de getulos eran de religión cristiana, al igual que varias regiones de las dos Mauritanias romanas. Tal vez fuesen montanistas, como él, que se retiró al desierto. La doctrina rigorista de Montano (s.II) antiguo sacerdote de la diosa Cibeles cuyo culto implicaba ceremonias como la autocastración de sus sacerdotes, y que, al cristianizar, se decía profeta del Paracleto (Espíritu Santo), se extendió con bastante intensidad por el Oriente, las provincias norteafricanas y el Sahara. Predicaba el ascetismo y la austeridad frente a la opulencia de las ciudades, y negaba el reingreso en la Iglesia a quienes hubiesen pecado mortalmente, pues sólo el Paracleto podía absolverles. El antipapa Novaciano (s.I1I) y su movimiento novacionista ahondaron en la cuestión de no admitir a la Iglesia la facultad de perdonar los pecados mortales, y negaban la readmisión de los cristianos que hubiesen renegado de su fe durante las persecuciones. Luego apareció Arrio (270–336), sacerdote de Alejandría, proclamando que Jesucristo, el Hijo, no era consustancial con el Padre, y que no había Tres, sino Uno. Cuando en Roma quisieron darse cuenta, media Cristiandad era arriana; Africa del Norte también.

Entonces, en ese siglo IV, Donato, obispo de Cartago, había vuelto a clamar contra el boato insultante de los cristianos de las ciudades costeras. Y el donatismo, con su austeridad, se propagó por el interior, en la montaña y el desierto, tomando el relevo del montanismo. Muchos bereberes lo hicieron suyo, y se multiplicaran los eremitas y los aislados monasterios tanto en Túnez como en las Mauritanias argelina y marroquí. El hijo de unos colonos romanos en Numidia, Agustín de Hipona (354–430), nacido en Tagaste (actual Argelia), combatiría la doctrina donatista, pero había descubierto algo trascendente: la dimensión individualista del ser humano, que echaría profundas raíces en la filosofía y que permanecería en vigor durante siglos. También las echó Pelagio (m.418), monje británico que viajó por el Norte de Africa negando el pecado original; su doctrina, la pelagiana, que liberaba de culpa congénita al hombre, se hizo fuerte tanto en Africa como en Europa (España, las Galias y Britania). Poco después, al nutrido grupo de los unitarios arrianos fué a sumarse la doctrina monofisita de un monje griego, Eutiques (378–454), archimandrita de un monasterio de Constantinopla. Eutiques (378-456) afirmaba que en Jesucristo sólo había una naturaleza real después de la unión de la divinidad con la humanidad. Enseguida llegó la negación de la divinidad del Espíritu Santo por parte de Macedonio (¿310-362?), obispo de Constantinopla. Y, a continuación, el patriarca de la misma ciudad, Nestorio (386-451), de Germanicia (hoy en Turquía) combatió a arrianos, novacianos y monofisitas, alegando que la unión de las dos naturalezas en Jesucristo era sólo moral y que, por tanto, existían dos personas en un solo individuo. Según Nestorio, la Virgen María no había sido Madre de la persona divina. De modo que solo faltaba ya hablar de adopción. Y, justamente, la doctrina del adopcionismo surgió en España defendida por Elipando (717–807), arzobispo de Toledo y a quien el Beato de Liebana llegó a denominar “testiculum anticristi” (testí-